

Capítulo Primero

Todos, en alguna ocasión y sin darnos cuenta, hemos estado disociados, lejos de la realidad, de nosotros mismos. ¿Quién no ha tenido la sensación, esperando al autobús, conduciendo o en el Metro, de que gran cantidad de detalles le han pasado inadvertidos? ¿Quién no se ha preguntado nunca si tal parte del trayecto ha tenido ya lugar o si han sonado ya ciertas señales horarias en la radio? ¿Una distracción? Tal vez. Estábamos ensimismados, perdidos en nuestros incansables pensamientos, en una interesante conversación con el pasajero de al lado. ¿Quién sabe...? Nos sentimos a veces demasiado seguros de lo que hacemos en cada momento, de si vamos a tal o cual reunión, de si tenemos tal o cual evento que planificar. En definitiva, de quiénes somos o de quiénes creemos ser.

No supone ningún problema, pues es poco tiempo. Se vuelve a la siempre confortable rutina y ya está. Pero... ¿y si no fuese así? ¿Y si no pudiésemos volver? No lo sabemos, pues no nos planteamos qué es lo que ocurre en esos lapsos de tiempo. Entonces, no nos engañemos. Si hay momentos que no conseguimos recordar, si tenemos la sensación de que no estábamos allí donde se suponía que teníamos que estar, es porque, a veces, sencillamente, desaparecemos. Sí, como si no fuésemos nosotros... Por eso, quizás deberíamos prestar atención

y en ese caso escucharíamos una voz, insistente, lejana, desconocida, interrogándonos:

—¿Quién eres? ¿Quién eres?

Un mar cada vez más agitado batía su estruendo ensordecedor en el lento amanecer veraniego de una playa desierta. Desierta, solitaria y devastada por los restos del naufragio de una noche de fiesta.

Dos jóvenes habían aparecido como si tal cosa después de pasar toda la noche en la arena. León, uno de ellos, al percatarse del sueño profundo de su compañero sobre su hombro, le inquiría perseverante con su pregunta. El otro, al borde del somnambulismo, abría sus ojos y veía entre sombras una figura rechoncha, de pelo rizado, gruesas gafas y corbata, mientras daba, cual espasmos, lentas señales de volver a la realidad.

—Dios mío, ¿tanto bebimos?

Del compañero de fatigas, ya retirado del hombro antes usado como almohada, tan solo obtiene como respuesta el silencio.

—Y yo que siempre quise decir esa frase en otro contexto. ¿Por qué? Dios mío, ¿por qué?

—¿Eh?

—¿Tú quién eres? No te recuerdo en la fiesta de anoche.

—Yo no recuerdo la fiesta de anoche.

Entonces, tras pronunciar esas clarificadoras primeras palabras, de uno de los bolsillos del meditabundo y soñoliento joven cae un MP3. Lo recoge, aparta la mirada y, absorto, observa el nombre del álbum que con letras minúsculas aparece en una frágil y estrecha pantalla cubierta de arena: «Las grandes ambiciones», de Javier de Torres.

—Javier. Me llamo Javier.

—Encantado. Yo León, y me tengo que ir.

—Vaya.

—Llego tarde a mi primer día de trabajo en prácticas. Soy inspector de Hacienda... en prácticas.

—Y vas vestido.

—Qué bien. Recuperas tus facultades visuales. Sí, vine a la fiesta pensando que podía pasar esto, que me iba a quedar hasta las tantas.

—¡Y tan tantas! —Javier continuó frotándose los ojos como si le atenazase un irreductible e imbatible sueño.

—Qué pena que me falta la chaqueta.

—¿Y eso?

—Me la dejé en una silla y un «colgao» se la llevó para hacer el indio.

—¿Sí?

—Es así. Algunos se creen que con ser altos ya han hecho todo lo que tenían que hacer en la vida.

—Entiendo.

El regordete y encorbatado inspector continúa poco tiempo más hablando con Javier mientras, obsesivo, se sacude sus ropas y zapatos de arena e intenta aplacarse su caótico y rizado pelo. De manera compulsiva, lo ayuda a incorporarse mientras pone en marcha su huida de la playa. Se despide.

—Tío, cuídate.

Javier, anonadado y absorto, no dice nada. Tan solo levanta tímidamente una mano a modo de saludo. Mientras ve irse al compañero de batallas, cubre sus ojos con una mano ante un primerizo rayo de luz furtivo que se escapa de entre las rendijas de un cielo cada vez menos espeso de nubes. Ya sentado sobre una minúscula roca enterrada en la arena, hace suyo un espejo, caído probablemente del bolso de mano de algún bañista. Observa consternado su tez decrepita, su extrema delgadez, su largo pelo a modo de melena que se echa hacia atrás para no

perder visión, sus ojos dubitativos, torpes, cansados, aturdidos, expresando confusión, como si no entendiera cómo ha llegado hasta allí y por qué.

Asustado, el panorama que observa a su alrededor tampoco le entusiasma. Podía haber despertado en una de esas playas impersonales pero cómodas y agradables a la vista que sirven de escenario contiguo a muchas movidas nocturnas de lugares como Puerto Marina o Torremolinos. Uno de esos lugares que, cual escenarios de cartón piedra, siempre cuentan con una hilera de palmeras puestas en fila, un floreciente y artificial oasis en medio de la arena, un siempre rentabilizado tropel de tumbonas estrangulando el espacio, chiringuitos abarrotados de turistas de toda clase y con el mar solo visto en la lejanía, alejado y ocultado por metros y metros de una falsa arena. Una playa con servicios, como habitualmente gusta decir a los políticos. Una playa con «bandera azul». Lejos de todo eso, aquella era una playa que tenía una gran belleza, eso sí, pero con esa extraña y embriagadora belleza que da la decadencia.

Se trataba de una playa hecha de silencios. Leves y esquivos para quien no quisiera escucharlos, sentirlos ser; pero estaban ahí, cual susurros sugiriendo el vasto abrigo de la memoria. Sugerían un pasado de esplendor, veranos lejanos en los que una refinada burguesía engalanaba con aires románticos insospechados rincones de la ciudad, como aquel que tras una entonces endeble cortina de recién plantados eucaliptos escondía un mundo de verbenas, de coches de lujo, de mosaicos con vistosos azulejos, de bañistas salpicados por el mar, las olas y la vida. Se trataba del balneario de *Los Baños del Carmen*, que, inaugurado en 1918, pasó décadas siendo un lugar de referencia en el día a día de generaciones de malagueños, al igual que hoy lo es del imaginario de muchos de ellos. Se construyó en el lugar que ocupó un antiguo puerto de atraque de navíos, y

más tarde el Puerto de la Cantera en la construcción del puerto de la ciudad en el siglo XIX, siendo todo un hito en el que, a través de distintos proyectos, participarían miembros de la élite de la arquitectura malagueña como Loring o Guerrero Strachan y que equiparaba a la ciudad de Málaga con otras referentes como Santander o San Sebastián.

Javier, ajeno a todo eso, se levantó suavemente de la roca sobre la que estaba apoyado y fue recorriendo despacio todos aquellos lugares, expectante, tardío, testigo. Esquivó el sol y lo hizo gracias a una curiosa columna. Curiosa, sí, porque sobre su capitel no había nada. Como esa había más; sostuvieron un vistoso emparrado en los años de gloria, pero ahora sobre ellas no había nada, no, sostenían entonces, cual equilibristas, al vacío. Lo hacían además en un rompeolas en el que la acción de las aguas, los vientos y su furia habían empezado ya a hacer mella en su estructura, como una repetitiva, silenciosa pero mortal letanía, y las columnas reflejaban ya grietas en su otrora brillante piel de piedra. Equilibristas, resistentes, supervivientes.

Un imponente edificio de dos plantas con techo piramidal, grandes ventanales, y terraza mirador a la que se accedía mediante unas robustas escaleras situadas a la izquierda era lo que flanqueaban aquellas columnas. Estaba situado en un pequeño cabo. Javier fue corriendo hacia allí, miró hacia un lado y hacia otro. Al mirar atrás dejaba la minúscula franja de playa, en la que había aparecido tras la noche anterior, una zona tan pequeña que daba la impresión de haber sido arrebatada a dentelladas por el mar y sus espasmos quedando con lo puesto, con lo mínimo, lo indispensable. Los chinos, pequeños pedruscos de la orilla, cada vez apuraban más el espacio entre el mar y el muro de contención que separaba esa playa de la ciudad, de la carretera, del mundo. Intentaba saber qué era todo aquello, qué significaba todo eso. Dejó la arena y comenzó a

andar por una plataforma de cemento color rosáceo que conducía al edificio. Esta estaba también hecha pedazos, levantada en algunos tramos, hundida bajo la arena en otros, como si un implacable gigante se hubiera divertido pisoteándolas y destruzándolas salvajemente, sin piedad. A través de estos pedazos informes se subió al rompeolas, paseó entre las columnas agrietadas sosteniendo el vacío. La chispa de las olas le mojó y le hizo retroceder hasta llevarlo a percatarse de que, tras las cristaleras de aquel vetusto edificio, parecía encontrarse un bar. De hecho así era: *Bar «El Nisco»*, indicaba un gran letrero.

Llegó a una estrecha zona de baldosas algo más adecentada y se acercó a mirar a través de los cristales. También notaba el paso del tiempo, a pesar de estar habitado, ese monstruo de piedra. La humedad y el óxido habían hecho mella y estaban ahí atenazados, esperando cobrarse otra presa más, como las columnas, como el rompeolas o la plataforma rosácea, como quién sabe qué más en aquel lugar triste y sombrío. Sin duda, allí fue donde los jóvenes habían pasado la noche. Aún quedaban restos. Estaba claro que aquellos trabajadores habían realizado la limpieza del lugar de la fiesta sin demasiado entusiasmo. El local estaba cerrado al público, pero podía verse tras las ventanas la barra ya desocupada, un amplio salón y grandes carteles publicitarios de conocidas marcas colgando y a punto de desprenderse del techo, de decir adiós.

Aún podían sentirse, al guardar silencio y al echar un rápido vistazo al lugar, el ritmo incesante de la música de baile, la voz atronadora de la multitud, las luces cegadoras, las sombras, las copas, el alcohol, las risas... En un curioso malabarismo del destino, las circunstancias habían querido que ese edificio, cuya figura presidía elegante y severa aquella depauperada playa, cerrase como en un círculo de tiempo el vínculo con el pasado de todo aquel escenario. Efectivamente, allí donde se

erguía el bar se albergó en los otros tiempos un luminoso e imponente restaurante. Fue el epicentro de las grandes fiestas que se celebraban en aquellos años, una sociedad que bailaba ajenas a las catástrofes que esperaban bajo sus frágiles suelos en aquellos locos años 20 del pasado siglo, como en un gigantesco *Titanic*. Habían aparecido en la ciudad viejas fotografías en las que una fila de camareros posaban de un impoluto blanco, tan blanco que se mezclaba con la luz que se colaba por aquellos ventanales, hasta por las rendijas, llenando aquel salón de techos altos, lujosas mesas y grandes macetones, una luz que lo devoraba todo, que hería, convirtiendo aquella en una vaporosa escena, a punto de desvanecerse. En la actualidad, aquel salón volvía a llenarse del alma de la fiesta, aunque esta fuera mucho más mundana y cotidiana.

Javier continuó divagando por las proximidades del restaurante-bar, bordeándolo bajo un techo de fina paja sostenido por improvisados hierros de color azul apuntalados por las columnas. Mas allá de esas instalaciones, todo lo que existía era el abandono y el olvido. Unas últimas columnas dispuestas en hilera eran la antesala de una superficie boscosa con una mezcla vegetal de eucaliptos, palmeras, pitas y otras plantas invasoras que crecían totalmente fuera de control. Restos de una antiquísima decoración ornamental, como una enorme orza⁽¹⁾ agujereada y algún que otro azulejo, eran los vestigios de un tiempo en el cual en esos mismos terrenos había lugar para lujosas pistas de baile, engalanadas verbenas, kioscos, acuarios, proyecciones de cine, eventos deportivos con pista de tenis, de patines e incluso el campo de fútbol en el que jugaba sus

⁽¹⁾ Orza: Vasija vidriada de barro, alta y sin asas, que sirve por lo común para guardar conserva.